

tragó á mucha gente. Kakou proclamó dios al Hapi de Memfis, al Mnevis de Heliópolis y al macho cabrío de Mendes. Su nombre real significa «el toro de los toros», aludiendo indudablemente á las ideas simbólicas que en su tiempo predominaban, sobre la divinización de los animales. Su sucesor Binotris, concedió el derecho de sucesión á las mujeres de sangre real. De los demás reyes no se saben más que algunas historias ridículas. En tiempo de Neferkherés, el Nilo arrastró miel durante once días seguidos, y de Sesocris se dijo que era un gigante. De todos modos, sus figuras se abocetan con más realidad que las de sus antecesores, y algunos de los mastabas diseminados en los cementerios de Memfis, parece que corresponden á su época. Las excavaciones de los últimos años rompieron el encanto del olvido que pesaba sobre estos antiguos monarcas, y devolvieron á la luz sus capillas ó tumbas. Es en el mismo territorio del nomo donde nacieron, donde se han encontrado estos recuerdos, y es de esperar que las huellas



Portador de tributo llevando un colmillo de elefante.

de su actividad se manifestarán más adelante por todas partes, desde el Delta hasta la primera Catarata. Las tumbas de Abidos, las más numerosas hasta ahora, son como un tosco esbozo de las pirámides del llano memfita. La sala funeraria, abierta en parte bajo la roca, tenía al descubrirse un techo plano de vigas, cubierto de una capa de arena de un metro de espesor. El pavimento era también de madera, y en medio se colocaba el cadáver del soberano, rodeado del mobiliario fúnebre. Otras habitaciones contiguas servían para almacenar las provisiones, así como cuerpos de esclavos, mujeres y animales domésticos, sacrificados el día del entierro para acompañar al amo al otro mundo. Las ofrendas solían ser las mismas que abundan en los sepulcros de edades posteriores, inscritas en las listas fúnebres, como tortas, panes, vino, cerveza, licores, legumbres, patatas, aves y carne. El mobiliario abarcaba esterillas, telas, sillas, taburetes, sillones, camas y vasijas de tierra cocida ó de piedras duras, como el gra-

nito, el cristal de roca y el alabastro. Las herramientas y armas son de pedernal, trabajado con una perfección notable. Encima del sepulcro se erguan dos pilares donde se leían en jeroglíficos macizos el nombre del soberano al subir al trono, y el que recibía como sucesor de Horo, identificado con éste. Ante ellos se llevaban á cabo los sacrificios y se amontonaba la carne y el pan destinados al *duplicado*. Alrededor de cada hipogeo real había tumbas de particulares, en las cuales se enterraba á los palaciegos.

La costumbre de grabar en los monumentos no el nombre propio del Faraón, sino su nombre de Horo, no ha permitido clasificar con certeza todos los reyes que con estas excavaciones han surgido del polvo. Como Manetón y las listas antiguas no dan más que los nombres propios, no nos es posible asimilar los miembros de las dinastías thinitas á los dueños de las tumbas de Abidos. Esto es salvo en el caso rarísimo de que ambos nombres se encuentren reunidos en los objetos desenterrados, lo que ocurre, probablemente, con Menes y sus tres sucesores Miebis, Usaphais y Semempses, sin que hayan dado resultado los intentos de identificar á los demás. Sin embargo, estas resurrecciones han hecho progresar mucho en el conocimiento del primitivo Egipto. Aquellos reyes eran conquistadores y constructores. La religión y los ritos funerarios ya estaban bien determinados en su tiempo, y el sistema de escritura que empleaban difiere poco del descifrado en las inscripciones de las épocas memfitas y tebanas. Las alhajas, armas y vajillas están ejecutadas con una perfección que denota una costumbre prolongada. Los pocos pilares y estatuas que conservamos de ellos tienen el carácter de un arte rudimentario.

Con el último rey de la segunda dinastía debió de extinguirse la descendencia directa de Menes, la cual reinó cinco siglos y medio y llevó á cabo una obra nada fácil y no desprovista de gloria. Los príncipes de los nomos debieron de resistirse al vasallaje y aprovecharían todos los pretextos de rebelión ofrecidos por la crueldad ó debilidad de algunos reyes. Es probable que varios de ellos lograsen recuperar su independencia y establecer dinastías colaterales, que disputaron el poder supremo á la familia reinante, ó la redujeron



á momentánea impotencia. La mayor parte de los nombres regios que figuran en ciertas listas faraónicas y no se encuentran en la de Manetón,



Cabeza de momia Tebana. (Museo de Madrid.)

pertenecen tal vez á esas dinastías ilegítimas. Los descendientes de Menes acabaron por vencer tales resistencias, imponiéndose á todo el país. Menes había fundado un reino de Egipto. Sus sucesores de las dos primeras dinastías uniendo los elementos dispersos formaron con ellos la nación egipcia.

A continuación va el cuadro de ambas dinastías, semilegendarias, tan completamente reconstituído como ahora puede hacerse:

I DINASTIA (THINITA) II DINASTIA (THINITA)

- | | |
|----------------|----------------------|
| I. Mini | I. Bouzaou. |
| II. Teti | II. Kakou. |
| III. Athoti | III. Binoutirou. |
| IV. Ata. | IV. Ouznas. |
| V. Housafaiti. | V. Soudu. |
| VI. Maribi. | VI. (?) |
| VII. Samsou. | VII. Nofirkeri. |
| VIII. Qobhou. | VIII. Nofirkasokari. |
| | IX. (?) |

CAPITULO II

Imperio memfita.—De la III á la X dinastía (imperio antiguo).

Las tumbas memfitas: cuarta y quinta dinastía.
La literatura egipcia durante el período memfita.—De la sexta á la décima dinastía.

Memfita era la III dinastía; pero á pesar de tal origen, al principio no pudo hacer más que proseguir la tradición de las dinastías tinitas. Los historiadores de la época clásica no conservaron de ella más que leyendas análogas á las que poseemos sobre las anteriores. El reinado del primero de sus Faraones fué notable por desórdenes

gravísimos. Los libios, tributarios desde el tiempo de Menes, se rebelaron contra el rey Nekhurofes y amenazaron la integridad del imperio. En el momento decisivo, la superstición ayudó á los egipcios. Una noche, estando en presencia ambos ejércitos, pareció que el disco de la luna se acrecentaba desmesuradamente, con gran espanto de los enemigos, que creyeron esto una señal de la cólera celeste y se sometieron sin combatir. La paz no se volvió á turbar en mucho tiempo, y su duración fué favorable al desarrollo de ciencias y artes. Tosorthros, sucesor de Nekhrofes, perfeccionó la escritura y el arte de la cantería. Médico como Teti, parece que compuso tratados que existían aun en los primeros siglos de la era cristiana, y por eso los griegos lo identificaron con su dios Asclepios, el Imhotpou de los egipcios. Bajo el influjo de este rey y de sus descendientes, creció la riqueza del país y se multiplicaron los documentos. Desgraciadamente la costumbre conservada de mandarse designar los Faraones oficialmente por sus nombres de Horo no nos permite determinar cuál de ellos fué el que edificó un templo en Hieraconpolis, frente á El Kab. Al transcurrir unos cuantos reinados más, ya nos dan las tumbas tantos documentos originales, que se puede reconstituir de un modo cierto, no sólo la historia de los reyes, sino la vida de los particulares.

A una legua al Sur de Memfis, la cordillera líbica se despliega en una vasta meseta que sigue la dirección del Nilo durante varias leguas. Al extremo septentrional, un príncipe que no conocemos, pero que tal vez fuera anterior á Menes, había mandado tallar en la roca viva una esfinge gigantesca, símbolo de Harmakhis, sol naciente. Más adelante, un templo de alabastro y granito, la única muestra que poseemos de la arquitectura monumental del Imperio Antiguo fué construído á poca distancia de la imagen del dios. Eleváronse otros templos, destruídos hoy, y convirtieron la meseta en un vasto santuario consagrado á las divinidades fúnebres. Los



Dos libios. (Tumba de Seti I.)

habitantes de Memfis llevaban allí sus muertos, para resguardarlos de la inundación. La gente del pueblo era enterrada en la arena, á un metro



Cortejo fúnebre. Homenajes á la momia.

de profundidad, generalmente en cueros y sin ataúd. A otros se los sepultaba en el interior de pequeñas cámaras rectangulares, toscamente construidas de ladrillos amarillos, con techo abovedado generalmente ojival. Ningún adorno ni objeto precioso los acompañaba á la tumba. Únicamente se colocaban vasijas junto al cadáver, con las provisiones que se le otorgaban para la otra vida.

Las tumbas monumentales, propiamente dichas, eran la morada del *duplicado*. Cuando se encuentran completas en las excavaciones, se ve que están divididas en tres partes: una capilla exterior, un pozo y cuevas subterráneas. La capilla es una construcción rectangular que de lejos parece una pirámide truncada. Sus caras, de piedra ó ladrillo, tienen inclinación simétrica y pueden ser lisas, pero á veces las hiladas forman gradería. La puerta, que generalmente se abre en la pared del Este, lleva encima á veces un tambor cilíndrico ó bajos relieves á los lados que representan al difunto, ó está coronada por una ancha losa cubierta de inscripciones horizontales, que son oraciones, y la indicación de los días consagrados al culto de los antepasados.

En el interior de la capilla suele haber una sola habitación. En el testero se yergue un pilar

cuadrado de dimensiones colosales, al pie del cual hay una mesa para ofrendas, de alabastro, granito ó piedra caliza y á veces dos obeliscos minúsculos ó dos altares, en cuya cima

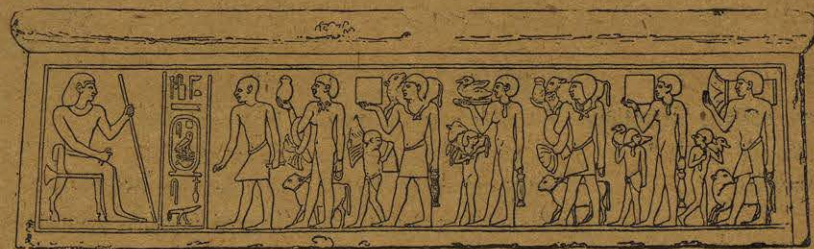
se colocaban los donativos de panes sagrados, licores y otras vituallas. La fórmula que en él se inscribía no era sólo un epitafio desti-

nado á recordar á las generaciones futuras la existencia de un difunto: mencionaba el nombre y la filiación de cada cual y atribuía al muerto un estado civil, sin el cual no habría tenido personalidad en la nueva vida. Como los vivos no están en comunicación directa con los muertos y no pueden transmitirles de mano á mano las ofrendas, eligían un dios mediador, y le dedicaban el

sacrificio con la condición de que diese al difunto una parte de cuanto le ofrecían. El dios invocado suele ser casi siempre el chacal Anubis ó el *Dios grande*, es decir, Osiris. El alma, ó más bien el *duplicado* del pan, bebidas ó carne, iba así al otro mundo, y alimentaba al *duplicado del hombre*. Ni siquiera era necesaria la existencia real de la ofrenda; sólo con repetir la fórmula en alta voz, se lograba que el *duplicado* poseyera los objetos enumerados.

Los grabados que se ven en las paredes de la habitación fúnebre son escenas alusivas hechas con mucho arte. Representan unas el viaje de ultratumba y otras la preparación y el transporte de las provisiones funerarias. Los grandes señores hacían contratos con los sacerdotes para darles tierras y rentas á cambio de sacrificios en las épocas reguladas por la costumbre. Aquellas tierras constituían *los bienes de la tumba* y daban la carne, las legumbres, la ropa, todo lo que es necesario para el mantenimiento de una casa. Los bajo relieves esculpidos en los muros representan los episodios más notables de la vida agrícola, industrial y doméstica en Egipto, como puede verse en las reproducciones de dichas escenas.

En esta habitación se reunían los descen-



Una ceremonia funeraria. Las ofrendas.

dientes del muerto y los sacerdotes consagrados á su culto, para rendir tributo al antepasado, en los días dedicados á ello. Allí le veían

como había sido durante su vida, escoltado de sus servidores y rodeado de lo que había constituido su alegría durante la vida, lo mismo que si se hallase presente y como palpitante entre ellos. Sabían



Puerta de un sepulcro.

que detrás de una de las paredes, había un cuartito ó *serdab* practicado en la mampostería, donde estaban las estatuas del difunto. En días fijos, los parientes se acercaban al *serdab* para rezar y quemar perfumes en el oficio de comunicación, tan estrecho que por él no podía pasar una mano. El *duplicado*, para seguir existiendo en el otro mundo, necesitaba un cuerpo tangible. La carne que le había soportado durante la existencia terrestre le servía en la otra, y por eso, se trataba de retrasar su destrucción por medio del embalsamamiento; pero la momia desfigurada no tenía con el vivo más que un parecido lejano. Además era única, y fácil por tanto de destruir. Se la podía quemar, desmembrar y dispersar los pedazos, y por eso, como desaparecía, desaparecía también el *duplicado*, se daban como suplentes al cuerpo de carne, cuerpos de piedra ó madera que reproducían correctamente sus facciones. Las estatuas eran más sólidas y además podían fabricarse cuantas se quisieran. Por eso había tantas estatuas en una sola tumba. La previsión del muerto y la piedad de los parientes, prodigaban las imágenes del cuerpo terrestre, confiriéndole así á éste una especie de inmortalidad. La misma causa hacía que multiplicaran, junto á la estatua del difunto



Viuda egipcia orando ante la estatua de su marido.

las de sus servidores, inmovilizados en diferentes actos de su domesticidad: amasando el pan, moliendo el grano, limpiando las jarras destinadas al vino.

Se comprende el carácter particular que este concepto de la vida del alma imprimió al arte egipcio. La primera condición para que el duplicado pudiera adaptarse á su sostén de piedra, era que ésta reflejase en todos sus por menores los rasgos y porciones del cuerpo de carne, de lo cual procede el carácter realista é ideal á un tiempo que se observa en las estatuas egipcias. Los hombres suelen ser adolescentes de miembros esbeltos, ó personas en la flor de la



Momias de dos Faraones. (Museo de Berlín.)

edad. Las mujeres tienen siempre el pecho firme y las caderas finas de una jovencita. El cuerpo es, digámoslo así, un cuerpo medio, que presenta al personaje en lo mejor de su desarrollo, y le hace capaz de ejercer en el otro mundo sus funciones corporales. Únicamente en el caso de una deformidad física muy acentuada, se aparta de este ideal el artista, y deja, por ejemplo, á la estatua de un enano todas las fealdades de su cuerpo deforme. Y así tenía que ser forzosamente. Si se hubiera puesto en el hipogeo de un enano la estatua de un hombre normal, el *duplicado* habituado en la vida terrestre á las irregularidades de sus miembros, no habría podido adaptarse á este cuerpo regular y no habría estado en condiciones de encontrarse bien en el mundo de las tumbas. Pero, aun estando admitido este modo de idealizar los modelos, el escultor había de reproducir fielmente las facciones de su rostro y las particularidades de su paso. A veces, lo hacía brutalmente y á

menudo, con una ingenua fidelidad. Las estatuas son verdaderos retratos, y permiten reconstituir la población de Egipto durante las primeras dinastías con más facilidad que á los italianos en los primeros tiempos del imperio romano. Las posiciones corresponden siempre á la clase á que pertenecía el original. La estatua está encogida si representa á un escriba; derecha, en actitud de mando ó sentada en un trono, si es un rey ó un noble que espera las ofrendas de sus vasallos.

El pozo que baja á la cueva se abre á veces en un rincón de la sala; pero otras veces, para encontrarle la boca, hay que subir á la plataforma de la capilla exterior. Es cuadrado ó rectangular, y de piedra hasta el sitio en que se hunde en la roca, y su profundidad media es de 12 á 15 metros, aunque puede llegar á 30. En el fondo y en la pared del Sur se abre un corredor en el cual hay que entrar encorvado, y este corredor



Presentación de manos cortadas para contar el número de enemigos muertos. (Pintura mural.)

lleva á la cámara fúnebre propiamente dicha, tallada en la piedra viva, y desprovista de adornos. En medio tiene un gran sarcófago de caliza fina, granito rosa ó basalto negro. Después de haber envuelto y sellado el cuerpo, los obreros ponían en el suelo los pedazos de un buey recién sacrificado en la cámara de arriba, vajilla con frutas y legumbres, ánforas de vino y vasijas rojas con agua cenagosa. Luego se condenaba la entrada del corredor y llenaban hasta arriba el pozo con piedras mezcladas con tierra y arena, todo lo cual, bien humedecido, constituía un cemento, cuya dureza resguardaba al muerto de toda profanación.

Estas tumbas constituyen varias ciudades funerarias, mayores que las de los vivos. En Gizeh, están dispuestas con simetría y forman verdaderas calles. En Saqqarah están sembradas en desorden sobre la superficie de la meseta y entre ellas se encuentran pirámides aisladas

ó reunidas en grupos desiguales, cuya altura oscila entre 7 metros y 150. Son tumbas reales y para prepararlas, cada Faraón había tallado la roca y removido la tierra desde principios de su reinado. Los personajes más importantes de su corte habían recorrido el reino en busca de alabastro ó granito dignos del sarcófago del monarca. Las poblaciones de ciudades y de provincias completas eran enviadas á las canteras y talleres de construcción. A cada pirámide añadía un templo, donde el monarca difunto recibía ofrendas y homenajes de un colegio de sacerdotes destinado especialmente á su culto.

Snofroui (el Soris de Manetón) hizo la guerra á las tribus nómadas que infestaban la frontera oriental del Delta y penetró hasta el fondo de la Península de Sinaí. Un bajo relieve de Onadí-Magharab, trofeo de su campaña, muestra al «rey de ambos Egiptos, señor de las diademas, maestro de justicias, Horo vencedor de los dios grande» aplastando con su mano de armas á un bárbaro caído delante de él. La religión, establecida después de su muerte, se perpetuó á través de los siglos y duró hasta el tiempo de los Ptolomeos.

Pero su renombre se desvaneció ante el de sus tres sucesores Khoufú (Kheops), Kafri (Kephren) y Menkaré (Mikerinos) constructores de las pirámides. Kheops construyó el vasto monumento de su gloria ó de su locura en un siglo tan apartado del tiempo en que empiezan los datos ciertos de la historia profana, que carecemos de una medida que nos permita calcular la anchura que separa ambas épocas. ¿Tan extraño este monumento á todos los intereses y simpatías de la gran familia humana que puebla ahora la tierra, que ni siquiera la historia sagrada sabe otra cosa de los hombres de la generación de Kheops, más que que vivieron y murieron; y sin embargo, la pirámide de Kheops domina todavía la arena del desierto; resplandece aún la blancura sepulcral de sus bloques de numulita á los rayos del sol; su sombra inmensa se prolonga á través de las llanuras estériles que la rodean, y al declinar el día ensombrece los campos de maíz y trigo de Gizeh. Cuando el espectador logra formar una idea de la inmensidad del monumento, no halla palabras que describan el sentimiento abrumador que agobia su espíritu. A pesar de su gran

deza y antigüedad, las pirámides no parecen montones de ruinas ni montañas. Son siempre obra del hombre y su origen persiste siempre. Por eso se siente cierto respetuoso temor cuando por primera vez se contempla su inmensidad.

Grandísimos fueron los esfuerzos exigidos para erigir estas masas gigantescas. Mucho después de que se hubieran perdido en la noche de las edades los Faraones del Imperio Antiguo, la memoria del trabajo que había costado la edificación de las pirámides atormentaba aún el espíritu del pueblo egipcio. En tiempos de Herodoto y Diodoro, todavía tenía Kheops la fama de aborrecible tirano, por haber obligado á

todos los egipcios á trabajar para él. Señaló á unos la tarea de acarrear la piedra desde la cordillera arábiga hasta el Nilo, y á otros la de llevarla, después de pasarla en barca, hasta la cordillera líbica. Los cien mil trabajadores se relevaban cada trimestre. El tiempo empleado se dividió de la siguiente manera: diez años para construir la calzada (por la cual se llevaban los bloques) y las habitaciones

subterráneas practicadas en la colina donde están las pirámides, y veinte años en erigir la pirámide que es cuadrangular, y consta de sillares, cada uno de los cuales no tiene menos de treinta pies. Los caracteres egipcios grabados en ella señalan el valor de las cantidades gastadas en rábanos, cebollas y ajos para los obreros, todo lo cual importa 1.600 talentos de plata, según Herodoto. Siendo así, ¿cuánto importarían las herramientas y trabajos? La tradición conservada por Herodoto decía que Kheops, exhausto de dinero, llegó hasta á vender su hija á todo el que la deseaba. Otra leyenda, recogida por Manetón, es menos cruel para el pobre Faraón. Dice que en la vejez se arrepintió de su impiedad, y escribió un libro sagrado, muy estimado por sus contemporáneos.

Diodoro cuenta que Kheops reinó cincuenta años, y que le sucedió su hermano Kefren, que construyó también una pirámide, no tan grande

como la primera. Kefren reinó cincuenta y seis años, de modo, que durante ciento seis padecieron los egipcios toda clase de males, y estuvieron cerrados los templos, para que la gente se dedicara á estos trabajos, sin abrirse ni una sola vez. La tradición dice que ni Kheops ni Kefren disfrutaron de los sepulcros que se habían preparado á costa de tantos males. Exasperado el pueblo, se rebeló, y arrancó de los sarcófagos sus cuerpos, para despedazarlos.

Junto á estos tiranos, la tradición habla de un monarca bondadoso, Mykerinos, hijo de Kheops y constructor de la tercera pirámide. Volvió á abrir los templos, dispuso que el pueblo empobrecido se dedicara de nuevo á las ceremonias



Procesión egipcia con la barca de Amón. (De un manuscrito egipcio.)

religiosas y al comercio, y administró justicia con más equidad que los demás reyes. Este monarca piadoso, no dejó, sin embargo, de pasar sus penas. Perdió á su única hija, y al poco tiempo supo, por un oráculo, que no le quedaban más que seis años de vida. Para consolarse, encerró el cadáver de su hija en una ternera hueca de madera, que depositó en el templo de Sais, y á la cual se tributaron honores divinos. El medio que empleó para eludir el oráculo es original y merece ser conocido. Dirigió reconveniones al dios, lamentándose de que su padre y su tío, después de haber cerrado los templos, olvidando á los dioses y oprimiendo á los hombres, hubieran vivido largo tiempo, mientras él, que era piadoso, había de perecer tan pronto. El oráculo le respondió que por lo mismo se le abreviaba la vida, puesto que no había hecho lo que era necesario hacer. Egipto debía haber padecido ciento cincuenta años: los dos reyes, sus ante-

cesores, lo habían sabido hacer, y él no. Al oír esta respuesta, considerándose Mykirinos sentenciado, mandó fabricar muchísimas lámpa-



Las Pirámides de Gizeh y la Esfinge.

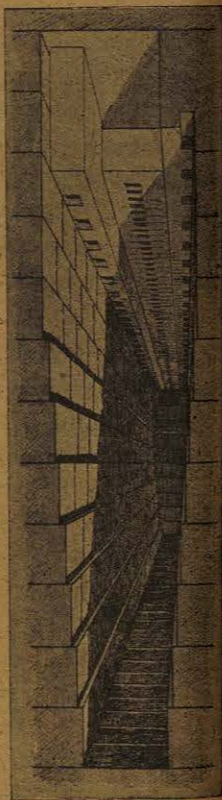
ras, las encendió todas las noches, y se dedicó á beber y darse buena vida, sin descansar de noche y de día, vagando por los lagos y los bosques, por donde quiera que encontraba ocasión de placeres. Maquinó esto para dejar por embustero al oráculo, y vivir doce años, contando las noches como otros tantos días.

Los relatos de los historiadores griegos no se parecen á lo que nos dicen la inscripciones. Es imposible que fuera Kefren hermano de Kheops, pues á ello se opone en absoluto la duración de ambos reinados. Kefren no fué siquiera sucesor directo de Kheops. Las listas monumentales interponen entre los dos un rey nombrado Didoufri, cuya pirámide se ha descubierto hace poco, en Abu-Roache, al Norte de las de Gizeh. El cortísimo reinado de este monarca, que no tuvo importancia alguna, puede explicar uno de los puntos de la leyenda recogida por los griegos. Quizá fuera Didoufri, hijo de Kheops y hermano mayor de Kefren. De ahí la noción de que éste fuera hermano de su antecesor inmediato, y como Didoufri desapareció sin dejar rastro alguno en la memoria del pueblo, se creyó que Kheops era hermano é inmediato predecesor de Kefren.

Tan problemática como el parentesco es la impiedad tradicional de ambos reyes. Sus títulos y los otorgados á las personas de su familia ó

de su corte, demuestran su respeto á la religión. Kefren se llama «el Horo ó el Sit», «el Horo, corazón poderoso, el buen Horo, dios grande señor de las diademas». Su mujer, la reina Marisankh, es sacerdotisa de Thot. Uno de sus parientes, el príncipe Minán, era gran sacerdote de Thot en Khmunn ó Hermópolis. En fin, una inscripción dedicada á la construcción de la pirámide funeraria de la princesa Honitsen, nos muestra al Kheops histórico edificando y restaurando templos. «El Horo vivo, el que derriba á sus enemigos, el rey de Egipto Khnifin, vivificador, ha encontrado el templo de Isis, cerca del de la Esfinge, al NO. del de Osiris, señor de la tumba; ha construído su pirámide cerca del templo de esta diosa, y la pirámide de su hija real Honits cerca de este templo.» En otra parte vemos que el mismo soberano había agrandado ó restaurado el templo de Hathor en Denderah. Muy lejos estamos, pues, del Kheops de Herodoto, que cerraba los santuarios y proscribía á los dioses.

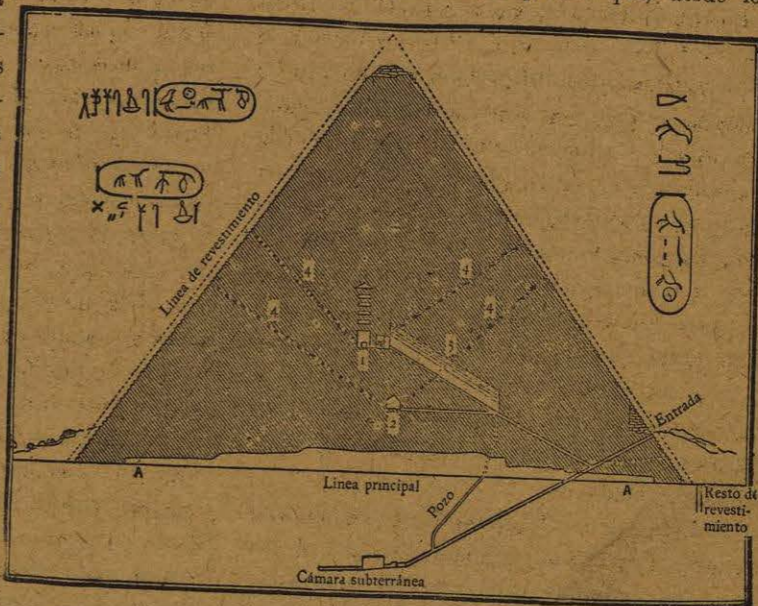
Conocemos hoy el origen de la diferencia entre los relatos de los escritores griegos y la realidad. Lo que cuenta Herodoto no era más que la transcripción de un cuento popular. Los egipcios han tratado á Kheops, á Kefren y á Mikerinos de la misma manera que los poetas de la Edad Media trataron á Carlomagno. Después de haberlos ponderado en todas las formas



Galería interior de la Gran Pirámide.

do su pirámide cerca del templo de esta diosa, y la pirámide de su hija real Honits cerca de este templo.» En otra parte vemos que el mismo soberano había agrandado ó restaurado el templo de Hathor en Denderah. Muy lejos estamos, pues, del Kheops de Herodoto, que cerraba los santuarios y proscribía á los dioses.

los hicieron odiosos y ridículos. Las novelas egipcias que poseemos demuestran igualmente que la fantasía vulgar nunca titubeó en atribuir á los mejores Faraones las proezas más inverosímiles. Los novelistas escogían para héroes nombres de Faraones como Ramsés, Menephtahetd, y esto basta para explicar el origen de las fábulas transmitidas por los griegos sobre los reyes de la IV dinastía. El Kheops de Herodoto y el de las inscripciones tienen el mismo nombre, y ambos han construído la gran pirámide, pero todo lo demás que sabemos de ellos es muy diferente. Kheops y Kefren no son más que héroes de novela. Kaufni y Kafri se nos aparecen como jefes poderosos, respetuosos con



Corte transversal de la gran pirámide con las galerías y compartimientos del interior. 1. Cámara del rey.—2. Cámara de la reina.—3. Vestíbulo.—4. Ventiladores.

El dibujo muestra que su magnitud hubo de ser en el primitivo proyecto la que marca la línea A A.—La pirámide está construída sobre una elevación natural del suelo que en el dibujo se ha dejado en blanco. Los adjuntos jeroglíficos se encuentran grabados en bloques de piedra en la llamada cámara del rey.

las divinidades, tan formidables para el enemigo como para sus súbditos. Kheops guerreó contra los nómadas de Arabia, y defendió victoriosamente de sus ataques los establecimientos menores que Snofroni había fundado en la península de Sinaí. Los prisioneros procedentes de aquellas campañas fueron empleados en la construcción de las pirámides. Pero no por eso es completamente falso el concepto popular de que el Faraón maltrató á sus súbditos.

Por muchos que fueran los prisioneros, no bastaban para obra tan inmensa; y hubo



Templo de Dendera.

que acudir á los egipcios de raza pura. Osburn dice sobre esto: «Gran clamoreo hubo de un extremo á otro del imperio; clamor del oprimido contra el opresor; clamor de tormenta y

angustia; clamor que todavía resuena en la memoria; clamor de aquellos que, desde los

tiempos de Souphis, se elevaron con frecuencia de la tierra de Egipto y han llegado á oídos del señor de los ejércitos. Pero Souphis hizo el mismo caso que luego han hecho Mahomed-Alí, ó Ibrahim-Bajá. El capricho egoísta del tirano adelanta, y nada le importan al amo los padecimientos del pueblo.» Puede cambiar Egipto de religión, lengua y raza; llámese el soberano faraón, sultán ó bajá, el destino del fellah es siempre el mismo. Puede ser que sea verdadera la rebelión contra los Faraones de que habla Diodoro. Se han encontrado estatuas de Kefren rotas cerca del templo de la Esfinge, en un pozo, donde quizá fueran arrojadas un día de revolución.

La idea de piedad atribuída por la tradición popular al reinado de Menkauri, llamado por Herodoto Mikerinos, está confirmada por el testimonio de los contemporáneos; no porque aquel príncipe volviera á abrir los templos (que nunca se cerraron); sino porque ordenó á su hijo Didufhoru que recorriera los santuarios de Egipto para restaurar los que estuvieran